

«DEL MONTE Y LOS CAMINOS» DE ANTONIO PEREIRA

Francisco Umbral

Tras el magisterio del grupo leonés de " Espadaña", han seguido creciendo en aquella ciudad poetas muy en la hora actual de la poesía. Entre ellos, Antonio Pereira a quien hemos visto crecer de poema en poema. Su libro anterior, «El regreso», publicado en la colección Adonais, suponía a nuestro juicio, el estadio más alto de un quehacer peculiar de Antonio Pereira.

Me refiero a esa obra bien hecha en lo menor, de versos conseguidos, de escritura siempre digna y sugerente, si bien no absolutamente personal y, sobre todo, no absolutamente "necesaria", por decirlo así. Antonio Pereira singularmente dotado de expresión, nunca había hecho grandes esfuerzos, creemos, por traer esa su expresividad a redomas de última exigencia, a laminaciones de más depurado cuño. Y, por otra parte, tampoco había sentido la necesidad de plantearse grandes problemas en su escritura. Todo lo cual corría el peligro de dejarle en un buen poeta menor, en un grato lirismo sin consecuencias.

«Del monte y los caminos» es obra que marea, precisamente, el despegue de Pereira más allá de lo conseguido. Poeta todavía bastante joven, ha comprendido; sin duda, que no basta con seguir haciendo bien durante toda su vida lo que, en efecto, tan bien le sale. No sabemos si la exigencia le nace a este libro del tema o es, una mera exigencia artística, humana, poética. En todo caso, «Del monte y los caminos» nos sorprende con una serie de poemas donde el poeta cambia de situación, canta desde otro sitio o, cuando menos, canta hacia otro lado.

"Con vosotros regreso,
nunca martillos, yunques
de mis, antepasados.
A vosotros asciendo.
Yo, degenerado

hijo de las montañas,
tantas noches perdido
entre la seda.
Yo, pecador, confieso
y canto

Poco importa que esta toma de conciencia le haya nacido al poeta por incentivo exterior, por presión de la poesía ética ambiente o en natural evolución humana, en humano replanteamiento de vida y obra. Importa solamente comprobar que Antonio Pereira ha acertado en la adecuación de su rico lenguaje a una exigencia de sobriedad, a una ponencia sobre situaciones de compromiso.

Antonio Pereira, como tantos otros poetas de buen hacer, no es más en la poesía española porque no se ha jugado más o porque no ha jugado más, fuerte. En un tiempo de gente que escribe bien, sólo unos cuantos que juegan fuerte -a favor o en contra de las circunstancias, que eso ya es otra cuestión cuentan de verdad. Hay que poner la vida y la muerte a la obra en marcha, y esto es en definitiva, lo que potencia la calidad (La falta de calidad no la potenciará ni eso) La condena del amateurismo no debe ser condena de un arte ejercido a ratos libres sino de un juego trascendental jugado de mentira, sin poner nada en la apuesta, salvo la vanidad. Con «Del monte y los caminos», Pereira nos prueba esto muy claramente. Sus buenos versos de siempre nos interesan hoy más que nunca porque hay en ellos más hombre, más vida, más voluntad de complicarse que de complacerse:

"Y los clavos, decidme,
los clavos, qué parroquia
van a tener si no es
la gente sometida
que va por los caminos
con hierro en el calzado
y señales profundas

de clavos más arriba"

La primera parte del libro «Del monte y los recuerdos», es la que corresponde a la toma de conciencia del poeta. «Del monte y los caminos», segunda parte que da título al libro, nos enfrenta con una realidad social. «Del monte en soledad» continua esta tónica «Meditaciones y preguntas» y «Escenas y personajes» dan variedad a la última mitad del libro. Digamos que el tono general del libro está muy conseguido. Apenas si se registra alguna vuelta a las viejas querencias de Antonio Pereira, a su paisajismo bienaventurado. Su lenguaje se ha tonificado y nos atrevemos a esperar que, si insiste en esta línea poética -y ello depende de la hondura y autenticidad de su nueva actitud-, las palabras se le irán agudizando hasta perder el aura edénica, placentera, que aún lucen como un resto de pasados florilegios.